

paredes del calabozo de Hidalgo presenciaron el gran proceso del alma ante Dios al fin de la vida. Ese lugar es santo.

Largos meses i dias ocuparon a Hidalgo sus relaciones con Dios. No con el Dios del esclavo, sino con el Dios del hombre libre, que llama al Ser Supremo con el dulcísimo nombre de *Padre*. No con el Dios de Judas, que se arrepintió vehementísimamente diciendo: "Pequé, entregando una sangre inocente," pero se ahorcó por desesperacion, porque se figuró a Dios duro para perdonar como el hombre; sino sus relaciones con el Dios de Nazareth, dispuesto a perdonar al pecador setenta veces siete. Sus relaciones, no con el Dios inventado por el hombre, a quien este ha revestido de sus propias pasiones: un Dios poseido de odio excesivo a aquellos que el hombre llama herejes i malos, siendo él el malvado; un Dios cruel, rencoroso, vengativo i perseguidor, avaro de riquezas, siempre aspirando a dominar a los gobiernos civiles i destronador de reyes legítimos. No con el Dios de la Inquisicion, que quemaba herejes, sino con el Dios que en su *Évangelio* prohíbe quemar herejes (1). No con el Dios de los inventores de consejas que llaman milagros, como Gabino Chavez, clérigo de Irapuato, que publicó un folleto tratando de probar que la corona que tenia la Imagen de Guadalupe habia desaparecido por milagro; sino con el Dios de la verdad, del que dice Job: "¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestra mentira, para que en favor de él habléis con dolo?" (2). Las relaciones de Hidalgo, no con el Dios de los realistas, como el fraile dominico español, uno de los reputados sabios de la Nueva España, autor del periódico *El Anti-Hidalgo*; sino con el Dios de

---

el Concilio: *discussionem*. El verbo *discutio* se compone de la preposicion *dis*, que significa *separacion* i del verbo *quatio* que significa *sacudir*. La palabra *discussionem* expresa metafóricamente, en el orden moral, una accion igual a la de cernir en un cedazo, para separar lo grueso de lo delgado, lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo grave de lo leve.

(1). "Y cuando lo vieron Santiago y Juan sus discípulos, dijeron: ¿Señor, quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? [a los herejes samaritanos].—Mas él volviéndose hacia ellos, los riñó, diciendo: No sabeis de que espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas." [Evangelio de San Lucas, capítulo IX, versos 55 i 56].

(2). Capítulo XIII, verso 7.